

PATRICIA TRUFFELLO

LA
SERPIENTE
ENTRE
LA HIERBA

*Qui legitis flores, et humi nascentia fraga,
Frigidus, o pueri, fugite hinc, latet anguis in herba.*

Ustedes que recogen las flores y las fresas que nacen de la tierra,
Oh, muchachos, huyan de aquí: una serpiente helada se oculta
entre la hierba.

VIRGILIO, *Bucólicas*

“La serpiente en el jardín que nadie puede ver”. Llegó la
respuesta. El tumor de Paul, escondido dentro de su cuerpo, un
asesino invisible. Antes de que Satanás se cuele, la pareja vive en
el Paraíso.

SIRI HUSTVEDT, *Historias de fantasmas*

Avanza por el corredor vacío siguiendo la secuencia de números de los departamentos hasta que ve la puerta entreabierta. Ha llegado ahí con la adrenalina acumulada durante la mañana, pero la oscuridad del pasillo y un silencio extraño se alían para convertirla en miedo. Su mano izquierda se crispa sobre el tirador. Dicen que se teme lo que no se conoce, pero ahora sabe que el miedo es mucho peor cuando descubres lo que hasta el día anterior creías ignorar. Se obliga a respirar con normalidad y cuando atraviesa el umbral percibe la sensación de una presencia reciente, el posible significado de aquella puerta sin cerrar.

La entrada desemboca en una estancia con cortinas de tela pesada que bloquean la luz del exterior. El lugar carece por completo de muebles y la escasa iluminación proviene de una desnuda ampolleta en el techo. Mientras se interna lentamente en el estrecho pasillo que conduce a las habitaciones no oye más que su propia respiración. La invade una sensación de peligro, de desgracia inminente. El primer cuarto está vacío. Se detiene en el dintel del segundo, que tiene unas celosías polvorientas que dejan todo en penumbra y permiten distinguir apenas los objetos: una mesa de madera y una cama de bronce. La percepción se hace más intensa y distingue una imagen desenfocada que empieza a aclararse: una silueta tendida sobre el colchón. La cara que ve no es de terror, ni parece desesperada. Es algo mucho peor. Es una mirada ciega y sin expresión, como de conejo muerto. Siente la lengua seca y un hormigueo en las piernas que no la dejan ir a ningún lado. Pronuncia su nombre. Primero con una voz que es apenas un movimiento de labios. Luego más alto, aunque no está segura de que sean palabras las que salen de su boca sino quizás una especie de gemido. El tiempo inmóvil, sofocante, avanza como si alguien hubiera apretado el botón de cámara lenta y el silencio se oye de la misma manera en que se escucharía el ruido o la música.

Una especie de crujido, igual que el que se produce al frotar una tela con otra, la pone en alerta. Por primera vez se le pasa por la cabeza que puede haber alguien más en ese departamento. Un terror gélido le atraviesa el cuerpo. Un aroma llega hasta ella. Huele a resina, un olor amaderado y dulce. Cree reconocerlo. Viene de algún sueño olvidado, como una melodía perdida entre muchas otras. Intenta atraparlo, pero antes de que pueda hacerlo, algo la golpea seca y certeramente en la nuca. El techo retrocede. La conciencia huye y se dispersa como mercurio derramado. El sol se disuelve contra las paredes. Cuando el dolor le adormece todos los sentidos, lo último que recuerda es su pelo. Liso y oscuro. En la pared súbitamente gris cree ver irreconocibles sombras que se arrastran cuesta abajo, tragándose todo.

1

La luz de la tarde se despliega uniforme y clara sobre los muros blancos. La Roomba choca contra los muebles de la cocina. Abre el refrigerador y se queda mirando lo poco que hay en su interior: una lechuga en bolsa, un litro de leche, dos yogures, una mostaza Heinz con el borde seco y otros condimentos que nadie ha tocado en meses. Toma la caja de leche y abre la tapa. Reprimiendo una arcada la vacía en el lavaplatos y bota el envase a la basura. Saca el aderezo para ensalada César. Está vencido, pero le da igual. Lo echa a la bolsa, lo mezcla con la lechuga y se lo come ahí parada frente al refrigerador. Considera hacerse una sopa instantánea, pero desecha la idea porque es demasiado esfuerzo.

Las ventanas de la casa se han vuelto más anchas, los techos más altos. Los pasillos se han alargado y oscurecido con las puertas perpetuamente cerradas. No sabe si la que ha cambiado es ella o la casa, pero ahora son como dos extrañas. Hay cierta hostilidad en los muebles, más pesados y fríos, y en los objetos, que se han vuelto ajenos. Esta es la vida ahora, este inmenso silencio que se agazapa en los rincones, que la espera, la sigue y en algunos sitios resuena con una especie de eco, que solo evoca la ausencia. La noche anterior dejó las sábanas en la lavadora y ahora deben tener olor a humedad. La enciende en el ciclo rápido para que se vuelvan a lavar. Por la ventana de la cocina ve a unos niños que andan en bicicleta. Zigzaguean en el pavimento y se ríen por nada y de todo, ebrios de vida. Fran envidia esa energía. Su cuerpo ha olvidado lo que es sentirse así. Todo lo que ocurre afuera le parece tremendamente lejano, la aísla del mundo un poco más. Al revés del túnel con una luz al final, el suyo tiene ambos extremos bloqueados y ella está atrapada adentro, en un pasillo de dolor, sin puertas ni ventanas.

Le cuesta distinguir el paso de los días. No difieren unos de otros y fraccionarlos en minutos o en horas no es importante cuando no tienes qué hacer ni dónde ir. Hay algo en ese vacío que hace que las semanas y los meses se sucedan con rapidez. Como la aguja de un tocadiscos que a medida que gira va haciendo círculos concéntricos cada vez más pequeños. Lo poco que hace es mecánicamente. Seguir una rutina, simular que el mundo continúa adelante no tiene sentido. ¿Para qué levantarse? ¿Para qué comer? ¿Para qué respirar? El tiempo se ha expandido y contraído. La secuencia cotidiana se ha alterado tanto que la semana pasada y esta parecen estar a la misma distancia. Es sábado, pero podría ser lunes o jueves. Quizás los días sean así de ahora en adelante: casillas exactamente iguales que ella debe ir llenando con actividades pedestres para completar los meses y luego los años. Hasta que por fin todo se acabe.

Lo peor son las noches. Se dice a sí misma que será un solo trago y después se irá a la cama, pero se queda allí, viendo una película tras otra, rellenando el vaso de whisky o la copa de vino. No entiende por qué se ha demorado tantos años en emborracharse. Cuando lo hace todas sus preocupaciones desaparecen. Cierra los ojos y su cuerpo flota, la cama se disuelve. Y ella cae en ese oscuro abismo, donde no hay pena, ni angustia, ni miedo, y aquella nada le da la paz que despierta no encuentra. No oye esas voces en su cabeza diciéndole que no está bien sentirse así. Que hay un plazo de vencimiento para el duelo. Que la solidaridad y la comprensión de la gente llegan hasta cierto punto. Que la vida sigue aunque ella ni siquiera sea capaz de ponerse los zapatos. A las doce de la noche casi siempre está dormida. Pero invariablemente se despierta un par de horas después. Entonces gira la cabeza y ve la almohada lisa y fría. Siente una patada en el pecho y se queda allí paralizada por el dolor, como si la aplastaran contra el colchón. Mira el reloj con la esperanza de que sean las seis o las siete de la mañana, pero solo son las tres y está demasiado cansada para prender la televisión o tomar un libro. Lo único que quiere es dormir durante un año. O dos. Despertar cuando ya no duela tanto. Cuando por fin se rinde a

la realidad de que no volverá a conciliar el sueño, baja a la sala de estar. Allí se traga una pastilla de clonazepam y se queda viendo videos en Instagram, hasta que el sueño la vence ahí mismo en el sofá. Despierta después de las once de la mañana.

Hace poco ha descubierto que el sofá cama estirado enfrente del televisor le evita ver el lado vacío de la cama, así es que ha empezado a dormir allí. Mientras se ducha pisotea la ropa sucia del día anterior, casi siempre pijamas, en un charco en el fondo de la tina con un poco de champú. Tampoco pierde el tiempo en cocinar comida de verdad. Se alimenta de café, yogur y galletas. Hay días en que solo habla con los de Uber Eats. “Seleccione sus reemplazos” se ha vuelto una especie de pasatiempo. Le gusta oír el ruido de las bolsas de papel cuando las dejan en la entrada. Espera que el que las lleva se haya ido y entonces abre la puerta.

A veces habla con Salva. Le hace preguntas en conversaciones imaginarias, le responde a frases que él no ha dicho, que ya no dirá jamás. Con el paso de las semanas comienza a hacer las cosas como las hacía él. No enciende las luces de la casa hasta que se ha oscurecido por completo. Deja los platos y las tazas con agua y un poco de detergente en el lavaplatos y solo echa a andar el lavavajillas cuando está lleno. Recuerda las pequeñas discusiones. La mayoría de las veces por cosas que ella hacía mal, como llenar de forma incorrecta el lavavajillas o no enjuagar los platos antes de meterlos. Cree escucharlo allí parado a su lado:

—Las cucharas deben ir con el mango hacia abajo y los cuchillos separados, y los tenedores con el mango hacia arriba, así no te pinchas cuando vacíes el lavaplatos y es más fácil guardarlos.

—Ya entendí —decía ella, pero ponía los ojos en blanco empeñada en darle la contra.

No era tan difícil seguir esas pocas reglas y ahora no recuerda por qué no lo hacía. Salva era un hombre metódico. Siempre lo había sido. Con sus pequeños rituales y rutinas para controlar su vida y lo que lo rodeaba y preservarlos tal y como le gustaba que fueran. Decía que para todo se necesitaba un sistema. Le molestaba que Fran no lo supiera, que fuera el tipo de mujer que apilaba platos y bandejas de distinto tamaño. Que pusiera en

marcha el lavavajillas con solo un manojo de tenedores y cuatro platos o no los enjuagara antes de meterlos. Siempre había tenido apego a lo sistemático sin llegar a llamarse manía. Sentía deleite en organizar un mundo desorganizado.

El hospital donde trabajaba Salva se encargó del funeral. La secretaria la llamó para preguntarle por sus preferencias: el ataúd, las flores, la iglesia. Fran dijo que no le importaba y ella no se lo tomó bien. Creyó que quería decir que Salva no le importaba. Siempre ha odiado la pompa de la muerte. Sus misas de réquiem, el olor a flores podridas, los cirios altos y amarillos. Detesta los rezos por el descanso de las almas. Los deprimentes himnos. El sacerdote que oculta su panza de sapo detrás de la sotana morada, el hisopo arrojando agua bendita sobre quien no se entera de nada.

Durante el funeral ella misma interpretaba un papel. Demasiado consciente de sus movimientos y de sus gestos, que se le antojaban maquinales y falsos. Le dolían las manos de estrecharlas y había asentido tanto con la cabeza que se le había agarrotado el cuello. A muchos de los asistentes no los conocía. O puede que sí. A medida que pasan los años uno olvida a mucha gente. A algunos no los reconocería si los viera por la calle. Todos han engordado o las narices les han crecido o se les ha caído el pelo. Sus caras son más parecidas a las de sus padres que a las de ellos mismos. Le habría gustado decirles a todos que su marido no había pasado a mejor vida. Que no los está mirando desde el cielo. Que no descansa en paz. Dios no reclama a los mejores porque no hay ningún Dios. Que su muerte no la hará más fuerte, ni la ayudará a darse cuenta de nada. La muerte solo trae el aprendizaje espantoso de que no eres más que un ficus o un gato. Querría que supieran que sus palabras y su compasión no la reconfortan. Más bien todo lo contrario. Que los odia, porque están vivos y Salva no.

Recuerda perfectamente el día en que supo que la muerte existía. Cuando tenía siete u ocho años su abuela le dijo que su perro viviría quince años. No para siempre. Quedó choqueada. Y las noticias se volvieron aún peores: todos morían. Los padres

y las madres, un hermano, un hijo, el amigo. Había entierros por todas partes, en todos los lugares del mundo, cada minuto. Cuántas mentes y emociones estarían enterradas. Cuántos cerebros, piernas, hígados y corazones cayendo en un agujero en la tierra. Nadie se escapa. Ahora lo sabe. Y no hay resurrección. Nadie va a venir a levantar a los muertos de sus tumbas. No hay más vida que esta.

El único sonido es el de la lavadora. Va hasta el living y abre la puerta del mueble donde se guardan los licores. Saca la botella de whisky y se sirve un vaso hasta la mitad. Renuncia al hielo porque es demasiado trabajo ir hasta la cocina. Toma un trago y con el vaso en la mano sale al jardín. Se sienta en la escalinata helada, con las manos cubiertas con las mangas del suéter, dando pequeños sorbos. Ahora siempre tiene frío. Aunque prenda la calefacción y por más que se abrigue, es como si el frío no viniera de afuera sino de su interior. Como si le corriera agua helada por las venas. Se le ocurre que no debería haber dejado de fumar.

Ha empezado a llover suavemente.

Puede oír la lluvia repiqueteando en el techo, en las hojas de los árboles. El ciprés calvo y el castaño de Indias, apenas esqueletos, sombras recortadas al fondo del jardín, casi tocan el cielo que esa noche se ha quedado sin estrellas. Las luces del barrio van encendiéndose una a una y Fran se da cuenta porque ella no hace lo mismo con las de la casa. Imagina en la calle los cuadrados de pasto iluminados por la luz de los faroles, las sombras negras que se esconden en las esquinas de las casas. Todo sonido se ha apagado por el monótono tamborileo de la lluvia.

Oye un ruido. Unos pies avanzan por las cerámicas. Se queda quieta sintiendo su propio corazón. Alguien grácil y pequeño se sube de un salto a la silla de fierro y la mira desde allí con sus ojos amarillos, vagamente interesado. Cuando el gato negro maúlla suavemente, Fran piensa que quizás le quiera decir que está contento de que al menos ella siga ahí. O a lo mejor solo le está diciendo que le toca a Fran alimentarlo. Que ya no hay nadie más.